

Carta a nuestros lectores

Chasqui vuelve a dedicar el tema de portada a la enseñanza y formación de los comunicadores en la región. Los cambios son tan acelerados y permanentes, especialmente en aquellas áreas vinculadas con las nuevas tecnologías de la comunicación y la información, que lo ocurrido ayer pierde actualidad ahora y mañana es reemplazado por una realidad totalmente distinta.

Esto es más evidente -por ejemplo- en las portadas de los diarios *on line*. Aquella portada que muy de madrugada abrió la jornada diaria cambia por completo al cierre de la misma, ya que las noticias que atrajeron la atención a la mañana, en la noche son reemplazadas por otras que -a veces- dan una versión totalmente contraria u orientan la atención a algo diferente.

Las coberturas de prensa, radio y televisión se ven suplantadas, corregidas o aumentadas, cada vez en mayor medida, por el celular, la *palm* y la *laptop*. El joven que se ve obligado a utilizar estos instrumentos por exigencias de su profesión o el nuevo ritmo tecnológico de nuestro tiempo, si desconoce su manejo, se ve forzado a ir a centros de educación especializados para recibir el entrenamiento que las universidades no le dieron oportunamente, a fin de evitar el fracaso que su ignorancia le hace temer.

Igual cosa ocurre con herramientas como el correo electrónico, la bitácora o *blog*, la *web*, el *chateo*, la teleconferencia y todo el resto de novedades a las que el mundo moderno nos tiene acostumbrados.

Así es ahora la comunicación y quienes se están preparando para desarrollarla en las próximas décadas no pueden seguir siendo objeto de experimentos educativos erráticos o, peor todavía, de una enseñanza anticuada que no se atreve a cambiar por ignorancia o falta de capacidad innovativa.

Chasqui se ha empeñado siempre en colaborar a la mejor formación de los futuros comunicadores con ideas frescas y de punta. En este número recogemos experiencias que se mantienen en esta tradición y que, esperamos, sirvan para estimular la reflexión y el cambio.

En la columna de opinión, Ángel Rodríguez Kauth pasa revista al fenómeno de la muerte que la pantalla chica gusta explorar, cayendo, en ocasiones, en actitudes morbosas que el espectador rechaza con disgusto.

Abordamos también el tema de la convergencia periodística, que comienza a ser decantada por la crítica y a situarse en un lugar más modesto que antaño. Continuando con la cobertura del debate que precedió en México a la aprobación de un conjunto de reformas a las leyes federales de telecomunicaciones, radio y televisión, hoy completamos ese estudio con las reacciones de la sociedad mexicana al conjunto de esas reformas que han sido aprobadas por el Congreso.

Dedicamos parte de nuestro espacio al análisis y comprensión del fenómeno de los *video clips*, cuyo impacto en la juventud es por muy pocos comprendido.

Nos adentramos también en el estudio de la amenaza que ronda a la televisión ante el inminente cambio de lo analógico por lo digital.

Para los amantes del cine destacamos la relativa notoriedad que, por primera ocasión, han logrado España y América Latina en el reparto de los premios Óscar.

Finalmente, tratamos sobre los procesos para lograr una efectiva comunicación organizacional en las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, e informamos sobre las novedades en la interrelación persona-computador.

Chasqui

Revista Latinoamericana de Comunicación Chasqui

N° 94 Junio 2006

Director

Edgar P. Jaramillo S.

Editor

Luis Eladio Proaño

E-mail: luiselap@ciespal.net

Consejo Editorial

Violeta Bazante Lolo Echeverría

Héctor Espín Juan M. Rodríguez

Francisco Vivanco R.

Consejo de Administración del CIESPAL

Presidente, Víctor Hugo Olalla,

Universidad Central del Ecuador

Francisco Carrión,

Ministerio de Relaciones Exteriores

Raúl Vallejo,

Ministerio de Educación y Cultura

Héctor Chávez,

Universidad Estatal de Guayaquil

Hugo Saguier,

Organización de los Estados Americanos

Andrew Radolf,

Consejo Regional de la UNESCO

Héctor Espín,

Unión Nacional de Periodistas

Freddy Moreno,

Asociación Ecuatoriana de Radiodifusión

Edgar Jaramillo,

Director General del Ciespal,

FENAPE

Asistente de edición

Jorge Aguirre

Portada y diagramación

Mateo Paredes

Diego Vásquez

Impresión

Editorial QIPUS - CIESPAL

Chasqui es una publicación del CIESPAL

Miembro de la

Red Iberoamericana de Revistas

de Comunicación y Cultura

<http://www.felafacs.org/rederevistas>

y de la

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe

en Ciencias Sociales y Humanidades

<http://redalyc.uaemex.mx>

Tel.: (593-2) 2506149 - 2544624

Fax (593-2) 2502487

e-mail: chasqui@ciespal.net

web: www.ciespal.net

www.chasqui.comunica.org

weblog: www.revistachasqui.blogspot.com

Apartado Postal 17-01-584

Quito - Ecuador

Registro M.I.T., S.P.I.027

ISSN 13901079

Las colaboraciones y artículos firmados son responsabilidad exclusiva de sus autores y no expresan la opinión del CIESPAL.

Todos los derechos reservados.

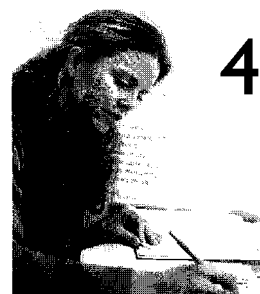
Prohibida la reproducción total o parcial del contenido, sin autorización previa de Chasqui.

CONTENIDO

Portada

4 | Planes de estudios de comunicación en América Latina

Tatiana Hernández, Xose Pereira Fariñas y Xose López García



14 | Posgrados de Comunicación en América Latina, un debate pendiente

Óscar Bustamante

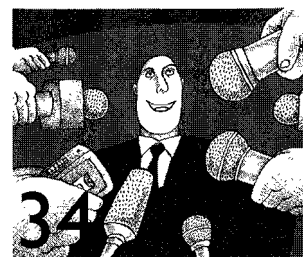
24 | Aprendizaje digital en los estudiantes de Comunicación

Antonio Manfredi

Opinión

30 | Morir en la televisión: dos alternativas políticas de la crueldad actual

Ángel Rodríguez Kauth



Ensayos

34 | Desmitificando la convergencia periodística

José García Avilés

40 | La ley *Televisa* de México

Felipe Gaytán, Juliana Fregoso

Televisión

46 | El video clip en constante renovación

Tracy Mena Young y Adolfo Veiga Sixto



52 | El “apagón analógico” y la consolidación de lo digital

Marta Roel

Cine

60 | Oscar 2006: Una tradición que se rompe

María Helena Barrera



Comunicación Organizacional

66 | La comunicación en las fuerzas de seguridad del Estado

María de las Mercedes Cancelo San Martín

Dudas y Rupturas

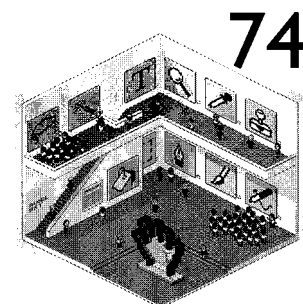
72 | El regreso del andrógino

Juan Manuel Rodríguez

Informática

74 | Byte y pixel: Interacción persona-computador

Francisco Ficarra



82 | Periscopio Tecnológico

86 | Bibliografía sobre Comunicación

92 | Actividades del CIESPAL



Morir en la televisión: dos alternativas políticas de la crueldad actual

Ángel Rodríguez Kauth ■

Los espectáculos habituales de la cinematografía primero, y de la televisión después, han banalizado, trivializado, de algún modo, el acto tan sublime e individual de la muerte; cada uno vive la suya -aunque parezca una contradicción esto de afirmar que se *vive la muerte*- de una manera unívoca, irrepetible e intransferible. Es el momento en que aquel que no lo aprendió antes deberá aprenderlo ahora -que ya es tarde como para utilizarlo- de que se trata de un fenómeno irreversible. Mas, aquí no es el propósito de hacer una metafísica banal de la muerte y de la vida, sino solamente de ser capaces de observar cómo los medios fílmicos de comunicación se han acostumbrado a acostumbrarnos a convivir con al espectáculo de la muerte, ya sea de una manera ficcional o la de un realismo *mágico*, tal como lo hace la televisión.

El cinematógrafo fue el que inició esta tendencia al exponernos películas -tanto de ficción como documentales- en que la muerte era el principal protagonista. Así,

en las clásicas de *vaqueros* del lejano Oeste, en las de guerra y en las policiales, que a partir de los años 40 hicieron las delicias de quienes éramos jóvenes, entonces nos banalizaban la muerte: era como que los muertos no fuesen personas sino meros muñecos y, de algún modo era de esa forma, ya que el *muñeco* muerto en la primera película solía aparecer vivo en la próxima que exhibían en la matiné. Con las documentales la situación era distinta, aún hoy a casi 60 años de haberlas visto, recuerdo horrorizado la crueldad sufrida por los prisioneros en los campos de concentración nazis cuando estos eran liberados, especialmente cuando lo fue el de Auschwitz. Más tarde la televisión entró con todo su ímpetu y arrollador empuje en los hogares, presentando imágenes similares -ya que buena parte de la programación eran películas- y nos trajo imágenes semejantes como para reconocer en la muerte un hecho banal.

Pero no es a estos episodios a los que pretendo referirme con estas reflexiones hechas en voz alta. Lo

■ Ángel Rodríguez Kauth, argentino Profesor de Psicología Política y Director del Proyecto de Investigación del mismo nombre en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de San Luis, Argentina.
Correo-e: akauth@unsl.edu.ar

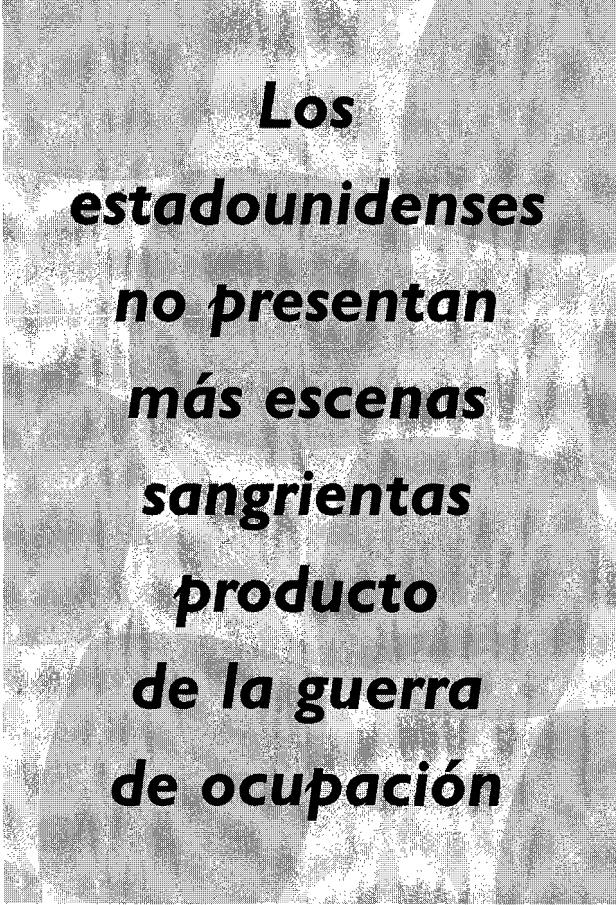
que me alarma es la puesta en escena de la muerte, no de actores profesionales de la pantalla, sino de personas de carne y hueso que dejan su vida -o partes de sus humanidades- ante las cámaras de la televisión en hechos de una realidad que nos habitúa a convivir con la muerte, del mismo modo que se hace con un partido de fútbol. Y, lo peor, es que ante un partido nos emocionamos y discutimos la legalidad de alguna jugada o un fallo del arbitro, mientras que los muertos y heridos provocados por algún acto terrorista -por lo general- no merecen mayor discusión entre los espectadores que los ven morir, tranquilamente sentados, mientras ingieren alguna comida o desde la más confortable cama.

Y en este momento quiero hacer una distinción en cómo son manejados los episodios terroristas por unos y otros contendientes en la guerra que se comenzó a librar a partir de septiembre de 2001. Mientras las fuerzas de ocupación terroristas -los *buenos* de la película- que han tomado a Afganistán y a Irak por el momento, como un coto de caza para sus intereses imperialistas, recurren a la censura de tales escenas cuando son ellos los que atacan -o cuando son reprimidos por las milicias de los países ocupados- los terroristas del otro lado -que son los que representan el papel de los *malos* del mismo film- no dudan en mostrar imágenes de un altísimo volumen sangriento. Esto ocurre cuando colocan

frente a la pantalla las escenas terroríficas de la decapitación de algún rehén capturado; estas imágenes no son novedosas para los espectadores. Sucedieron cuando, por ejemplo durante la guerra en Vietnam, los imperialistas no aplicaban mayores censuras a los contenidos que enviaban los corresponsales de guerra que cubrían el frente de combate, mientras que los atacados raramente ponían en el escenario de pantallas las imágenes crueles de las ejecuciones sumarias de sus prisioneros tomados detrás de las filas invasoras.

Ya los estadounidenses no presentan más escenas sangrientas producto de la guerra de ocupación; no son políticamente correctas, ya que no les conviene hacerlo debido a la experiencia acumulada luego de la Guerra de Vietnam. Solo es posible intuirlos a través de escenas difusas cuando los bombardeos nocturnos con proyectiles trazadores; nada más. Ni siquiera los dos mil muertos y decenas de millares de heridos propios son presentados ante el público por la televisión. Es como que ellos no fue-

sen los héroes de una guerra que no quisieron protagonizar, así se los oculta y se escamotea la visualización de su llegada a la patria del mismo modo que si fuesen bolsas de basura. Si esto se hiciese, entonces podría haberse venido abajo el clima de apoyo al conflicto de que goza -o gozaba, ya que en la actualidad el apoyo ha disminuido sustancialmente según las



**Los
estadounidenses
no presentan
más escenas
sangrientas
producto
de la guerra
de ocupación**

empresas encuestadoras- en los primeros tres años de la guerra en Irak la administración genocida de Bush. Esa es la simple y hasta cruel razón del ocultamiento de cadáveres y de los paseos públicos por las calles de sus ciudades -con bombos y platillos desfilando- de los lisiados en las lejanas arenas iraquíes.

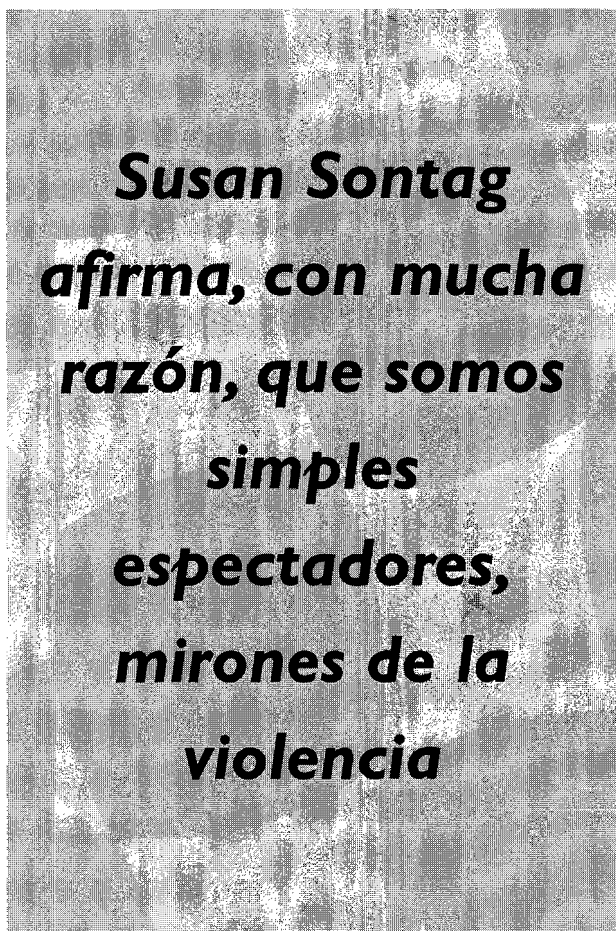
Es la misma mentalidad terrorista que anima tanto a unos como a los otros, esto es, con una visión maniquea, fundamentalista -laica o religiosa-, donde solamente cada uno de ellos afirma ser el poseedor de la Verdad, aunque operando políticamente según tácticas y estrategias que les resulten más convenientes a sus espurios intereses. No nos llamemos a engaño, porque unos se hayan definido como los *buenos* a la par que definieran a los otros como los *malos*, la realidad nos demuestra que ambos son lo mismo ideológicamente -fundamentalistas- y, consecuentemente, comparten una estructura psicológica semejante en cuanto a conformar sus engramas de pensamiento -y también los contenidos emocionales- de naturaleza

autoritaria ante el mundo. Ambos enemigos operan -en este como en otros sentidos- disociando al mundo de un modo maniqueísta, compuesto por baldosas blancas y negras, sin dejar lugar a los diferentes matices intermedios que pasan por ambos extremos de la gama de colores. Los dos se encierran en sí mismos ante la posibilidad de tolerar la existencia del

otro en el planeta; su egoísmo los lleva a creer que el orbe es solo de ellos y el otro no tiene lugar alguno a ocupar, solamente le cabe la destrucción por parte de sus delirantes iluminaciones de pretendido origen divino. Tanto unos como otros terroristas han construido -con sus limitaciones de orden perceptual propias de los que "tienen un solo libro"- una especie de "realidad paralela" (Montero Gómez, 2006) que les facilitan el desciframiento sencillo de una realidad por demás compleja. En síntesis, lo único -y que no es poco- que los une es el deseo de hacer desaparecer, de borrar de un plumazo del mapa de los vivos al adversario.

Asimismo, tampoco seamos tan ingenuos como para creer que la táctica de presentar decapitaciones de rehenes, que ponen en práctica los seguidores de Al Qaeda, es muy original; permanentemente, la televisión nos muestra colocando por delante nuestras imágenes violentas. Ya se trate de balaceras en un barrio marginal, el secuestro de rehenes por parte de delincuentes comunes con su ulterior ajusticiamiento

a manos de los mismos -o a veces de la policía que aduce haberse equivocado de blanco al disparar sus armas- y tantos otros episodios que ya se han convertido en el alimento diario para los espectadores de la pantalla chica. Todas y cada una de esas imágenes -como muchas más que enhebrarían un largo listado- llevan a una suerte de domesticación de la violencia



por haberla convertido en un hecho *normal*, cotidiano en nuestras vidas. Susan Sontag afirma, con mucha razón, que somos simples espectadores, *mirones* de la violencia. Entonces, ¿cuál es la diferencia entre estos hechos cotidianos y los que nos ofrece esporádicamente Al Qaeda?

Entiendo que la diferencia estriba solamente en la atribución del sentido simbólico que los medios le otorgan a la escenificación de la violencia en cada condición diferente; mientras las escenas de la cotidianidad violenta en las calles de las ciudades sirve a los medios, como una forma de entretener a su público con hechos de los cuales todos hemos sido, o podemos ser, actores alguna vez, en el caso de los terroristas islámicos les es útil como un elemento de advertencia, como una amenaza útil para meter miedo y hacer *arrugar* a quienes con su voto son cómplices de las guerras religiosas -y económicas- que hoy tienen lugar por el Oriente Medio, y que en cualquier momento será trasladado su epicentro nuevamente a las metrópolis, como sucedió el 11 de septiembre.

Si se miran ingenuamente las imágenes de ajusticiamientos -decapitaciones- hechas sobre prisioneros civiles, quien lo haga podrá fácilmente pensar que los integristas islámicos son bárbaros, que de ellos no se puede esperar otra cosa. Pero a la vez estará ignorando que sus enemigos también son bárbaros.

Cualquiera sea la expresión terrorista de que se trata tiene un objetivo común con la de su adversario, cual es la de provocar pánico, miedo, en definitiva, terror, que es el testimonio fundamental del terrorismo. ¿O acaso las imágenes de proyectiles trazadores y de misiles balísticos en la noche sobre Bagdad no tienen el mismo objetivo? Sí, lo tienen, es una forma

de advertir al resto del mundo que quien se atreva a atacar al nuevo poder imperial recibirá idéntico castigo: fuego a granel sin reparar donde cae. En todo caso, si las víctimas civiles han sido muchas, se reconocerá que fue un error de puntería, nada más que eso y los consabidos pedidos de disculpas.

Ambas formas de la expresión política contemporánea por parte de los protagonistas de la nueva forma de la guerra que el mundo está viviendo -y sufriendo, bajo una fórmula común que las emparenta: el terror (Rodríguez Kauth, 2003)- demuestran ser la negación rotunda del discurso racional, de la caída del pensamiento, de la emocionalidad puesta en funcionamiento

sin límite alguno que sea capaz de contenerla.

Y las emisoras de televisión -en su gran mayoría y salvo raras y honrosas excepciones- son cómplices de tal caída del discurso político, en tanto y cuanto contribuyen a domesticar la violencia, ya se trate de la violencia callejera y domiciliaria o de la que están poniendo en marcha los dos bandos en guerra. ●

